ROMA Y LOS NIÑOS CANTORES

Nuevamente, como el año 1951, Roma ha abierto sus puertas para recibir esa embajada de paz, de alegría y de música pura, traída por esos miles de niños cantores de los países más distantes del mundo.

Podemos adelantar que el V Congreso Internacional de la Federación «Pueri Cantores» ha sido un verdadero éxito, mayor que el de los Congresos precedentes; y esto no sólo por el número total de los concurrentes (más de 4.200), sino también por la diversidad y número de países allí representados.

España también ostentó representación mayor y más variada que en ocasiones similares. Cerca de 150 cantores españoles formaban en las filas de aquel inmenso ejército infantil. Casi todos se fueron ya dando cita en el viaje para coincidir en el tren especial formado en Toulouse. Los grupos de Valladolid y Comillas atravesaban juntos la frontera de Irún el día 18, Domingo de Pascua, a mediodía, y hacían en Lourdes una visita a Nuestra Señora, como preludio, en este Año Mariano, de los solemnes actos que habían de seguirse en Roma. Allí participaron con encendido fervor en la tradicional procesión de las antorchas, formando en sus interminables filas y cantando aquel incesante «Ave, Ave», que salía aquella memorable noche de más de 10.000 gargantas de peregrinos de los más variados países.

Al día siguiente, 19, a las nueve y treinta estábamos ya en Toulouse, donde éramos recibidos por los padres Jesuítas del Colegio de Caousou. Una rápida visita a la ciudad, el almuerzo en común y... al tren especial que nos aguardaba en los andenes de la gran estación ferroviaria, para trasladarnos directamente a la Ciudad Eterna. Todo estaba a punto y la organización era perfecta. Cada grupo tenía sus plazas reservadas y sus vagones determinados, que eran señalados por los nombres de su procedencia. Allí en un rápido recorrido, pudimor darnos cuenta de los grupos españoles que habían de acudir al tren especial. Valladolid, El Henar (Segovia), Zaragoza, Huesca, Orihuela, Comillas, etc. Los de Segovia y Orihuela se nos unirían a las dos horas de viaje en la estación de Narbona. Eran las doce cincuenta del mediodía cuando el tren partía majestuoso y atravesaba raudo aquellas planicies de Francia, como participando en la ruidosa alegría de aquel pequeño mundo de niños cantores que llevaba dentro y que no podían contener su emoción. Poco a poco se iban adhiriendo a nuestro convoy. En Narbona abrazamos al muy ilustre señor don Pedro Aizpurúa, Canónigo y Maestro de Capilla de la Santa Iglesia Catedral de Orihuela, que había tenido el gesto simpático de traer consigo a Roma doce tiples, seminaristas, de su notable «Schola Cantorum». Con ellos estaba asimismo *el grupo de cantores de los padres Carmelitas de* El Henar (Segovia) con su padre Director, *Tomás María Berdugo.*

Juntos ya desde Toulouse venían también los dos simpáticos grupos de Huesca y Zaragoza, que dirigen los Clérigos de San Viator. El contingente mayor lo daba el bullicioso, pero siempre bien organizado grupo de Valladolid con su director de música el Maestro José Ortega y acaudillado por los padres Antonio Rivero y Elías López, del Colegio de San José, de los padres Jesuítas. Con ellos viajaban varios de los familiares de los niños cantores. Así, unidos en una gran familia, con otros grupos franccccs de Angulema, San Flou, Toulouse y Marsella, recorrimos en doce horas la larga distancia que nos separaba de Roma. Con ansiedad se asomaban por las ventanillas las cabezas, deseosas de distinguir a lo lejos la silueta de la gran cúpula de San Pedro. Poco antes de las 12,30 del mediodía apareció Roma a nuestra vista. Estábamos en la estación de la via Ostiense. Allí nos esperaban los directivos de la Federación con el padre común de todos los niños cantores, monseñor Maillet, que, con abrazo paternal, recibía cariñoso a todos y a cada uno, como a su predilecto. Una larga fila de magníficos autobuses esperaban también a los viajeros para llevarlos a sus alojamientos.

El primero de los actos que podríamos llamar espectaculares fué la Misa de Comunión celebrada por Su Excelencia monseñor Traglia, Presidente de la Comisión organizadora del Año Santo Mariano en la Basílica Liberiana de Santa María la Mayor, el jueves 22, a las diez de la mañana. Asistían al Prelado Mr. l'Abbé Roger Delssine, del Comité Directivo Internacional y el padre José Ignacio Prieto, S. J., Presidente de España y actualmente Vicepresidente internacional. Monseñor Maillet transmitió sus consignas por el micrófono y a los pocos momentos aquella ingente masa de millares de cantores, sin que hubiera precedido ensayo alguno interpretaron con gran justeza el «Ave verum», a cuatro voces mixtas, de Mozart. Diversas obras polifónicas del repertorio común de la Federación fueron intercaladas durante la Misa rezada en voz alta por el Prelado celebrante y contestada por todos los niños y pueblo que llenaba la Basílica. Fué aquel acto y, sobre todo, el momento solemne de la Comunión de los niños de singular emoción. Allí

se acercaron a recibir el pan de los Angeles, niños y jóvenes, todos unidos, los de las más diversas nacionalidades y países,, como hermanos e hijos de un mismo padre. La sorpresa de algunos críticos extranjeros fué grande ante el resultado artístico obtenido sin previa preparación común.

A las once treinta, y en una de las dependencias de la misma Basílica se celebró la reunión de los Directores de grupos de niños cantores pertenecientes a la Federación para tomar acuerdos.

De más relieve y de diversa índole fué el magno concierto celebrado en el Auditorium del Palacio Pio el viernes 23, a las cinco de la tarde. Las localidades estaban todas agotadas con mucha antelación. Había gran expectación por aquella demostración internacional en que habían de intervenir dieciséis grupos corales de diez nacionalidades distintas. No se trataba de un concurso o competencia coral, sino de presentar ante las más altas dignidades de la Iglesia, Cuerpo Diplomático y sclectísimo público, el aspecto, por decirlo así, multicolor y polifacético de la Federación Internacional de Niños Cantores. Las posibilidades artístico-musicales habían de ser forzosamente muy variadas, dadas las dificultades de acudir a Roma grupos numerosos organizados coralmente. Estos niños cantores eran sencillamente los representantes de los diez mil que componen la Federación «Pueri Cantores» en todo el mundo. En la presidencia se encontraban los Emmos. Cardenales Tisserant, Pizzardo, Micara, Aloisi-Masella, Cicognani, Valeri y Ottaviani, el pro Secreario de Estado Su Excelencia Monseñor Montini y muchísimos Obispos.

Después de unas palabras de introducción del Presidente de la Federación, Monseñor Maillet, en las que hizo resaltar que el presente concierto tenía el carácter de un homenaje de cariño filial a la memoria de Pío X, restaurador del canto sagrado, los Niños Cantores comenzaron su desfile ejecutando canciones religiosas o profanas propias de cada país. Cada grupo tenía su particular encanto y presentaba con sencillez su obsequio musical como un ramillete ofrecido con el mayor cariño en aquel grandioso homenaje. Por ello, fueran cual fueran sus posibilidades musicales, eran acogidos con amor y entusiasmo por parte del público. Italia con los coros de Santa María in Via de Roma, que dirige el competente padre Catena y el Coro del Concilio de Trento, bajo la dirección del Sacerdote Feininger, abrieron aquel cortejo musical que duró cerca de tres horas. Imposible hacer la crítica de todo lo escuchado aquella noche. Holanda apareció en segundo lugar con su coro «Laudate Pueri», de Den Haag. Llegó entonces su lugar a España y aparecieron en la amplísima escena cuatro niños cantores de la «Schola Cantorum» de la Universidad Pontificia de Comillas con su vistoso y severo traje clerical de coro, que interpretaron, sin dirección alguna, un villancico y una canción popular española a 4 voces. A continuación se presentó en correcta formación el coro del Colegio de San José, de Valladolid, dirigido por el Maestro don José Ortega, que ofreció al público una linda canción popular asturiana, cantada con singular gracia por un niño solista, y el rítmico coro «La Caza», de sabor provenzal.

Bélgica presentaba su «Brussels Knapenkoor», de Bruselas, con dos canciones típicas. Entonces apareció el simpático coro del Colegio de Chaillot (padres Jesuítas), de París, que dirige Mr. Prudhomme, quien tuvo la original y acertadísima idea de ofrecer al público, después de un «O Salutaris», de Caplet, la «Salve Regina» gregoriana, en tono solemne, según la versión de la Abadía de Citeaux. Tal vez fué este el número más fino y más perfecto de ejecución que escuchamos aquella noche. Nueve niños cantores con sus túnicas blancas monacales, en orden de procesión, sin que nadie les señalara el ritmo, cantaron esa finísima melodía con una dicción y un sentido del ritmo y de la melodía difícil de superar. Fué un verdadero triunfo del canto gregoriano, en medio de aquella gran manifestación musical y ante tan notable asamblea que subrayó bien con sus aplausos aquella inolvidable interpretación.

Y siguieron desfilando selecciones corales de Estados Unidos (Detroit), Alemania (Rottweil), nuevamente Italia (Coro de Santa María Liberatrice-Roma), Canadá (Montreal) con sus típicas canciones populares; Holanda, por segunda vez, con sus pequeños marineros «Matrozen Koor» (Den Haag); Inglaterra (Leicester y Leatherhead); Francia, con sus pequeños Cantores de Vannes, que dirige el Abate Nicolás, con sus graciosos trajes típicos bretones. A pesar de lo avanzado de la hora aun se presentó, fuera de programa, el disciplinado coro de Berlín «Berliner Sängerknaben», que dirige la señorita Leonora Birkner. Austria, por fin, cerraba aquel magno desfile con su coro infantil de Viennerwald, de Viena, para dar paso al Coro fundador de la Federación «Pueri Cantores», a los simpáticos «Pequeños Cantores de la Cruz de Madera», de París, que dirige el propio Monseñor Maillet. La perfecta organización de este coro y el hallarse completo en Roma, aseguraba un éxito rotundo, como así fué.

Broche de oro fué la presentación en escena de todos los grupos que habían precedido, ahora juntos, con toda su diversidad de indumentaria, para interpretar, unidos, bajo la dirección del Presidente Internacional Mgr. Maillet, «El gran Coral final de la Pasión, según San Juan», de Bach.

Al día siguiente, sábado 24, nos reuníamos en

la Basílica de San Pedro para el último ensayo general, mientras las cámaras de la televisión preparaban al mismo tiempo su retransmisión, proyectando sobre la masa de cantores sus poderosos reflectores. No había duda de que el éxito coronaría nuestros esfuerzos. Era ya casi de noche cuando se disolvía aquella inmensa masa de niños cantores para ganar sus alojamientos, llenos todos de ilusión y esperanza ante el advenimiento del gran día. Este se presentó espléndido y radiante. En todas direcciones los autocares de transporte conducían hacia la plaza de San Pedro caravanas de pequeños, vestidos con sus trajes corales. La tradicional túnica blanca predominaba, y poco a poco la gran plaza resplandecía más y más con aquel ejército blanco venido de los más distantes rincones del mundo, hablando diversas lenguas, pero todos con un mismo espíritu y una única aspiración. Era el Domingo «In Albis», y tal vez nunca con tanta propiedad en aquel lugar de cita, único en el mundo.

Un gentío inmenso iba llenando el primer Templo de la Cristiandad, al tiempo que los grupos de cantores tomaban posiciones detrás del altar papal. Su estado de salud no permitía al Papa bajar a la Basílica, pero desde sus habitaciones seguía el acto por radio y televisión. El Emmo. Cardenal Tisserant, Decano del Sacro Colegio, por concesión especialísima del Papa, iba a celebrar la Santa Misa en el altar papal, y a las once en punto hacía su entrada en la Basílica. En aquel mismo momento todo aquel coro juvenil, compuesto por 4.200 voces, a un enérgico gesto de monseñor Maillet, colocado en alto «podium», irrumpió con las notas del «Tu es Petrus», de Clemens non Papa, a 4 voces mixtas. El Eminentísimo Purpurado comenzaba su Misa asistido por alumnos seminaristas del Colegio español. Atado a una de las grandes columnas berninianas del altar papal se veía un papel blanco. Era el telegrama pontificio de Pío XII, por el que concedía al Cardenal Tisserant la gracia especialísima de celebrar para los Niños Cantores en el altar reservado sólo al Sumo Pontífice. El texto del mismo, leído por el celebrante, después del Evangelio, fué escuchado en pie por toda la concurrencia.

El programa musical desarrollado durante la Misa fué un verdadero derroche de arte y de entusiasmo. Más de diez obras polifónicas se sucedieron en poco tiempo, entre las que escuchamos con particular agrado el «Ave María», de Tomás Luis de Victoria. De particular encanto fué el simbólico canto del «Ubi Charitas». Su íntima melodía gregoriana, alternada y simultaneada por cantores de 19 países era sin duda un hermoso símbolo de la unidad de la Iglesia. A todos los había congregado el amor a Cristo y a su Vicario. Las palabras del texto litúrgico tenían en aquellos momentos un sentido imponente de verdad ecuménica.

Pero aquellos millares de niños cantores ansiaban con impaciencia colmar su mayor deseo al venir a Roma. Ver al Padre común, al Papa. Por eso la salida de la Basílica hacia la gran plaza de San Pedro no resultó todo lo ordenada que se había deseado. Todos deseaban situarse en el mejor sitio para contemplar la figura del Sumo Pontífice, que se esperaba ver aparecer en una de las ventanas de su palacio. Ante el obelisco central se formó todo aquel inmenso coro que pedía al Papa, con los soberanos acordes del «Coro final de la Pasión según San Juan», de Bach, que se dignara aparecer y bendecirnos.

Así fué, en efecto. Al terminar el gran Coral se produjo un general murmullo de júbilo. La ventana del despacho particular del Papa se abría poco a poco. A los pocos segundos la figura augusta del Vicario de Cristo, amable y majestuosa se perfilaba blanquísima sobre el fondo negro de la habitación, como una visión celestial. El momento no es para descrito, sino para sentirlo. La explosión de júbilo sobrepasaba los límites de lo imaginable, y las aclamaciones se sucedían sin fin. Pero un silencio inmenso cayó sobre la multitud cuando el Papa, con su actitud acostumbrada, extendió sus brazos en forma de cruz para impetrar del cielo la bendición. Todos caimos de rodillas. Aquella triple bendición, lenta y pausada, era el mejor colofón de toda aquella fiesta.

Aun surgió, al retirarse el Papa, en medio de la plaza, la figura prócer de Monseñor Maillet, que ordenaba sus huestes. Esta vez eran los acordes del «Ave vera virginitas», de Joaquín des Prés, los que sonaban majestuosos. Las aclamaciones de la multitud seguían incesantes y tuvimos aún el gozo íntimo de volver a ver la figura de Pío XII, que con viva expresión de agrado nos saludaba y bendecía de nuevo.

Llenos todos de alegría inefable nos retirábamos a nuestros alojamientos, conservando muy en el corazón aquellos momentos que nos habían parecido celestiales. Era la una de la tarde. Todos nos sentíamos hermanos, y así nos mirábamos al separarnos mutuamente.

Poco después de la medianoche partía de la estación de la Via Ostiense el tren especial que nos había conducido a Roma. Allí dejábamos nuestro corazón. Habíamos pasado horas felices, inolvidables.

¡Qué símbolo más magnífico de paz sincera, de alegría íntima, de unión verdadera de todos los pueblos, cantando unidos la paz de Dios ante el Padre común!

JOSÉ IGNACIO PRIETO, S. J.